

# NEW LEFT REVIEW 89

SEGUNDA ÉPOCA

NOVIEMBRE - DICIEMBRE 2014

## ARTÍCULOS

NEIL DAVIDSON	La linde escocesa	7
CHING KWAN LEE	El espectro de una China global	32
TIMOTHY BRENNAN	Apuestas subalternas	74
NANCY ETLINGER	El paradigma de la apertura	97
ERDEM YÖRÜK Y MURAT YÜKSEL	El cálido verano de Turquía	III

## CRÍTICA

EMILIE BICKERTON	Una hoguera del arte	133
JOSHUA RAHTZ	Reinventando el <i>laissez-faire</i>	145
ALEX NIVEN	El camino a Briggflatts	156

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde la Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación y el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



Secretaría de  
Educación Superior,  
Ciencia, Tecnología e Innovación



traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

TIMOTHY BRENNAN

## APUESTAS SUBALTERNAS

*Con la dialéctica la muchedumbre alcanza la cima<sup>1</sup>.*

Friedrich Nietzsche

**E**S BIEN SABIDO que, al menos en sus traducciones estadounidenses, Frantz Fanon escribió acerca de un colonialismo moribundo<sup>2</sup>. Si hoy oímos hablar del poscolonialismo moribundo es porque ningún análisis gramatical logra librar al término de sus múltiples ironías. Junto con el «pos» de una supuesta secuela, radica la metálica realidad de un penetrante, aunque a veces indirecto, imperialismo, que todavía está profundizándose en Puerto Rico y Palestina, y recientemente se ha expandido hacia significativos nuevos territorios en Afganistán, Iraq y Ucrania, llenos de juntas prooccidentales y cómplices satrapías locales. Parece que el colonialismo no está completamente muerto. El empobrecimiento provocado por el capital sigue expresándose de formas ampliamente culturales, no solo militares o económicas, que despliegan todos los distintivos del antiguo sistema de reasentamiento y reeducación. Al dominio occidental de las noticias mundiales, el entretenimiento y las tendencias en educación superior se suma una diáspora masiva de legiones semipermanentes de turistas, expatriados en busca de diversión, misioneros, mercenarios, teóricos académicos, especuladores inmobiliarios y grupos diplomáticos occidentales, y todos juntos hacen que la época del Tratado de Berlín de finales del siglo XIX parezca subdesarrollada en comparación.

---

<sup>1</sup> *The Complete Works of Friedrich Nietzsche*, vol. 16, ed. Oscar Levy, Londres, 1909-1913, p. 12. Nietzsche despreciaba a los subalternos, denunciando a la dialéctica socrática por situar a las clases bajas en el centro de la escena.

<sup>2</sup> Me gustaría agradecer a Keya Ganguly su ayuda con este ensayo.

El término «poscolonial» es constitutivamente problemático, por lo tanto, porque comporta la contemporización estratégica de su comienzo, la incongruencia de sus tonos y temas discursivos, en contraste con una realidad bastante más contundente de propaganda imperial, cámaras de torturas extranjeras y robo de las tierras de otros. Sobre este desnudo telón de fondo, los debates suscitados por el magistral *Postcolonial Theory and the Specter of Capital*, de Vivek Chibber, parecen un poco limitados<sup>3</sup>. Para poner de manifiesto el funcionamiento interno del influyente campo académico conocido como «teoría poscolonial», como él se dispone a hacer, haría falta aclarar primero esta catacresis en el núcleo de su idea: explicar cómo las anteriores tradiciones de pensamiento anticolonial se convirtieron de repente, y de manera violenta, en poscoloniales, en una absorción hostil que tuvo lugar en los círculos académicos metropolitanos a mediados de la década de 1980.

Los estudios poscoloniales emergieron de manera incierta, sin disponer siquiera de un nombre establecido, principalmente dentro de los departamentos académicos de literatura. En retrospectiva, ciertos acontecimientos destacados parecen ahora haber ayudado a darles vida: la publicación del libro de Edward Said *Orientalismo* en 1978, el congreso sobre «Europa y sus otros» en la Universidad de Essex en 1984, y el número especial titulado «Race, Writing, and Difference» (1985) de *Critical Inquiry*, la más prestigiosa revista estadounidense sobre humanidades. A medida que lo poscolonial empezaba a fusionarse en torno a una serie de temas relacionados, sus contornos adquirirían coherencia: ampliar los programas universitarios para incluir fuentes no occidentales, descubrir y promocionar actos históricos de resistencia nativa y poner en entredicho las tergiversaciones de la historia imperial, forjando un nuevo vocabulario para luchar contra el eurocentrismo. Sobre todas estas bases, la iniciativa resultó tener mucho éxito y sus efectos –no solo entre los estudiosos, sino también en la edición convencional y en las artes– han sido positivos en gran medida a lo largo de los años.

### *Convertir a Europa en el otro*

Aunque creada por los departamentos de inglés, la investigación poscolonial distaba mucho de ser solo literaria. Ya a comienzos de la década de 1970, las revoluciones en el ámbito de las disciplinas por las

---

<sup>3</sup>Vivek Chibber, *Postcolonial Theory and the Specter of Capital*, Londres y Nueva York, 2013.

desestabilizaciones de la «teoría» franco-alemana habían producido tipos de escritura mixtos en el propio campo literario: obras de filosofía, realmente, que combinaban las técnicas de la etnografía y la historia en un lenguaje salpicado de términos y actitudes marxistas y anarquistas. Para la mayoría de quienes trabajaban en el campo de las humanidades en aquel momento, los estudios poscoloniales no *eran* sino teoría cultural en una de sus formas institucionales especializadas; es decir, predominantemente continental y en gran medida psicoanalítica, semiótica y fenomenológica. Estas tendencias particulares del pasado filosófico iban ahora unidas, como si poseyesen una compatibilidad genética, con la crítica al eurocentrismo. «Teoría poscolonial», por lo tanto, fue el nombre que vino a darse a un matrimonio inverosímil: una conversión de Europa en el otro, articulada en los conceptos de un grupo especializado de filósofos europeos y sus diversos discípulos de finales del siglo xx en un ambiguo rechazo al «hombre occidental». El contenido de esta amalgama teórica en todas sus variantes –derivadas principalmente de Friedrich Nietzsche y Martin Heidegger a través de intérpretes de posguerra como Jacques Derrida y Michel Foucault– unió una serie de temas verosímiles, aunque no obviamente relacionados: escepticismo respecto al potencial emancipador de la Ilustración, la idea de «otredad» como hecho ontológico (en forma de ser o alteridad), y la muerte del sujeto histórico como un yo dotado de voluntad o activo. Con genuina militancia, la teoría se dispuso a codificar formas de resistencia que explícitamente excluían las aportaciones marxistas a la independencia anticolonial, no simplemente como subproducto de su búsqueda de paradigmas nuevos, sino como *telos* central y autodefinidor.

Los estudios poscoloniales ganaron impulso en un entorno marcado por el final de la prosperidad económica de posguerra (1972), la retórica mediática de lo que en aquel momento Fred Halliday denominó la «Segunda Guerra Fría» (1983) y la caída del Muro de Berlín (1989). Bajo estas presiones, el énfasis temático tendió a trasladarse de las guerras de maniobra a la complicidad mutua entre colonizador y colonizado, de los antagonismos de clase a la migración y la «urbanidad maliciosa», de la lucha por la soberanía política a un rechazo a la llamada opresividad de la modernidad, por un lado, y al sesgo «productivista» de la economía política, por otro. Este conjunto volátil, de tono militante, pero que recordaba actitudes más convencionales en la cultura general, recorrió victoriosamente las humanidades para penetrar en las artes, la antropología, la historia, la geografía y las ciencias políticas. En cuanto laboratorios de teoría, los

departamentos de literatura se situaron en la vanguardia. Sus iniciativas no dejaron ningún campo intacto bajo el signo del «sujeto», la «diferencia» y los «intersticios». El irreprimible impulso del movimiento más amplio hacía parecer razonables las proclamas de una «ruptura copernicana». Nacieron nuevas revistas para dar voz a la nueva agenda –*Interventions, Postcolonial Studies, Transition, Public Culture*– y otras viejas y veneradas fueron reorganizadas para hacerlas encajar en el nuevo sistema. Nació un panteón, cuyas principales figuras son ahora ampliamente conocidas: Edward Said, cuyo *Orientalismo* fue supuestamente el documento fundador del campo, pero con elaboraciones aportadas con posterioridad en un tono muy distinto por estudiosos como Gayatri Spivak, Peter Hulme, Abdul JanMohamed, Homi Bhabha y otros muchos.

### *La aparición del subalternismo*

Los estudios subalternos, por contraste, tuvieron una etiología muy distinta. Fueron desarrollados principalmente por historiadores sociales indios y no por críticos culturales, y antes de 1988 eran relativamente influyentes, si bien dentro de una pequeña órbita. Lanzados en 1982 por Ranajit Guha en una serie de tres volúmenes sobre la India colonial –más tarde la serie crecería hasta superar los diez volúmenes–, eran sobre todo una rebelión contra la historiografía elitista del movimiento de liberación indio. Al leer entre las líneas de los documentos oficiales, o extrapolar nuevos descubrimientos archivísticos, pretendían proporcionar un retrato de la inteligencia y la capacidad improvisadora de los insurgentes campesinos. Si su marxismo era un tanto heterodoxo, se inspiraba, no obstante, en las flexibles teorías de Antonio Gramsci sobre la hegemonía, el Estado, el «sentido común» y, por supuesto, lo «subalterno» en sí, una de sus principales acuñaciones en los *Cuadernos de la cárcel*<sup>4</sup>. El profesor de Guha había sido fundamental para introducir a Gramsci entre los intelectuales de Bengala Occidental, donde sus escritos habían sido debatidos con entusiasmo desde la década de 1950, en las traducciones de la edición estadounidense de 1957. El movimiento tomó también parte de su ímpetu de importantes precedentes en las historias antinómicas desde abajo producidas por veteranos del Grupo de Historiadores del Partido Comunista en Reino Unido, en especial,

---

<sup>4</sup> Se puede percibir cómo afectó la «teoría» a la lectura de Gramsci en India en las actas de un taller sobre Gramsci y el sur de Asia organizado en el Centre for Studies in Social Sciences de Calcuta en 1987, reproducidas en *Economic and Political Weekly*, 30 de enero de 1988.

quizá, *Rebeldes primitivos*, de Eric Hobsbawm, *El levantamiento inglés de 1381*, de Rodney Hilton, y *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, de Edward Thompson.

En 1986, el foco del grupo subalterno empezaba a alejarse de la conciencia espontánea de la rebelión campesina. En lugar de crónicas anecdóticas sobre luchas locales, era más probable encontrar un radical cuestionamiento de la «modernidad». Como lamentaba uno de los miembros originales, Sumit Sarkar, en las obras del grupo disminuía la presencia de los subalternos, sustituida por el énfasis en las rupturas históricas, los peligros del universalismo y el «fragmento», un dato ahistórico y abierto que se ofrecía para la improvisación hermenéutica al tiempo que se resistía a la incorporación en una teoría del todo social. La verdad pasó a ser definida más como *necesidad*, es decir, como lo que uno podía descifrar en el registro para fines propios. La historia, el sospechoso progresismo de un materialismo histórico estrictamente empirista, se consideraba inferior a la *memoria* subalterna y a las realidades sentidas de la «cultura» indígena. Los estudios subalternos, en resumen, habían descubierto la teoría poscolonial.

Con el tiempo la relación pasó a formalizarse. La introducción oficial de los estudios subalternos en la teoría poscolonial se produjo cuando Spivak editó junto con Guha, con prefacio de Said, una colección de artículos escritos por componentes del grupo en la década de 1980. *Selected Subaltern Studies* (1988) los introdujo esencialmente en ese campo más amplio, aunque ello exigió una buena dosis de traducción conceptual. Para dar la bienvenida a los estudios subalternos en el emergente campo de la teoría poscolonial, Spivak tuvo que sortear el problema de que sus historiadores estuviesen centrados en sujetos individuales y colectivos a quienes habían descrito como actores conscientes, sensibles y combativos de la historia, frente a los «vestigios» representativos. La delicada operación de Spivak fue la de permitir que los «sujetos» estuviesen y no estuviesen allí al mismo tiempo, permitiendo las alusiones tácticas al sujeto (ilusorio) en busca de un proyecto más amplio, que ella denominó la «fuerza crítica del antihumanismo». Mediante la entrada en este medio discursivo, los estudios subalternos adquirieron las credenciales teóricas que les dieron prominencia internacional, convirtiéndolos a su vez en un conducto para las nociones poscoloniales en las ciencias sociales.

## La intervención de Chibber

El estudio de Vivek Chibber tomó forma en los campos de fuerza de esta historia, aunque no siempre con plena conciencia de los detalles de la misma. Profesor de Sociología en la Universidad de Nueva York, Chibber ya había escrito un libro bien recibido, *Locked in Place: State-Building and Late Industrialization in India*<sup>5</sup>. Este estudio correctamente realizado sobre el Estado poscolonial indio exploraba el dinámico poder relativo de los intereses burgueses en la desmovilización de los trabajadores. El largo capítulo dedicado al «mito de la burguesía desarrolladora», en especial, anticipa algunos de los argumentos que Chibber plantea en el nuevo libro, proponiendo, por ejemplo, que la nueva India –a diferencia de China y Rusia– había adoptado una senda capitalista como para demostrar que «la planificación no necesitaba presuponer la abolición de la propiedad, sino que era posible, de hecho, engancharla al motor de la acumulación capitalista»<sup>6</sup>. Su desarrollo fue bloqueado, sin embargo, por «la resistencia generalizada y organizada de la clase empresarial»<sup>7</sup>.

Aun así, poco hay en este primer estudio que permitiese anticipar el acontecimiento en el que se convertiría *Postcolonial Theory*, en buena medida porque Chibber nunca se había movido por los círculos poscoloniales y era completamente desconocido en ellos. Acusado por algunos de caricaturizar el proyecto subalterno, de no ser auténticamente poscolonial, de estar demasiado centrado en Europa o de ser hiperbólico, el libro se ha elevado por encima de buena parte de esta crítica para ser analizado con respeto en revistas especializadas en sociología, reseñas de exigentes maoístas franceses, periódicos indonesios, revistas transversales estadounidenses y la blogosfera<sup>8</sup>. Presentado en los congresos

---

<sup>5</sup> Vivek Chibber, *Locked in Place: State-Building and Late industrialization in India*, Princeton, 2003.

<sup>6</sup> V. Chibber, *Postcolonial Theory and the Specter of Capital*, cit., p. 3.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 85.

<sup>8</sup> Entre los análisis más equilibrados e informativos sobre el libro se encuentra el de Pranav Jani, «Marxism and the Future of Postcolonial Theory», *International Socialist Review*, primavera de 2014. Un tratamiento altamente informado y especializado es el de la mesa redonda de Ho-fung Hung, en la que participaron George Steinmetz, Bruce Cumings y otros científicos sociales, en «Review Symposium on Vivek Chibber's *Postcolonial Theory and the Specter of Capital*», *American Sociological Association*, vol. 20, núm. 2, 2014. Críticas a Chibber desde la izquierda que demuestran un verdadero conocimiento de la teoría poscolonial –muchas reseñas no están familiarizadas con ella– son, por ejemplo, la de Julian Murphet, «No Alternative», *Cambridge Journal of Postcolonial Literary Inquiry*, vol. 1, núm. 1, marzo

organizados por *Historical Materialism* organizados en Nueva Delhi, Nueva York y Londres en 2013, y debatido en congresos académicos y mesas redondas, suscitó reveladores intercambios de opiniones entre Chibber y sus detractores. Las respuestas del autor han sido vigorosas, instructivas y, en su mayor parte, convincentes.

Los argumentos planteados en el libro, después de todo, no son nada si no están bien sustentados, al menos sobre las bases elegidas por el autor. El procedimiento de Chibber es el de reformular las afirmaciones de los estudios subalternos –su caso paradigmático para la teoría poscolonial en general– dejándolos hablar por sí mismos en largas citas, y después sometiendo estas afirmaciones a una serie de comprobaciones. Esto lo hace de manera muy concienzuda, y constituye uno de los rasgos más distintivos del libro. Concluye que los estudios subalternos hacen una interpretación errónea del capitalismo, que su retrato del marxismo está distorsionado y es tendencioso, y que su insistencia en la diferencia cultural de la conciencia subalterna es incómodamente esencialista. Es, de hecho, un nuevo retorno, si bien oculto y autoalienante, a la afirmación orientalista de que el racionalismo, el laicismo y el realismo están descalificados para ser del «Este», que solo lo absolutamente periférico ha encontrado un espacio fuera del control del Occidente ideológicamente contaminado, y por añadidura solo en la medida en la que permanece fijo en su otredad, impenetrable a cualquier otra otredad.

Basando su alegato en una lectura atenta de tres de los principales aliados al colectivo de los estudios subalternos –Guha, Partha Chatterjee y Dipesh Chakrabarty–, Chibber fija su atención en lo que considera las claves de la supuesta revisión efectuada por ellos. Dichas claves suponen postular la incapacidad del capital para universalizarse en India; y la consiguiente incapacidad de las elites indias, en contraste con sus predecesoras europeas, para alcanzar la hegemonía por medio de instituciones democráticas: la burguesía india no era heroica, sino tímida, y los subalternos indios estaban marcados por una diferencia cultural obstinada y resistente a las normas occidentales, los modos de pensar religiosos principalmente, pero también las prácticas de parentesco y lealtad que convertían la modernidad occidental en un libro cerrado.

---

de 2014, y la de Axel Andersson, «Obscuring Capitalism: Vivek Chibber's Critique of Postcolonial Theory», *Los Angeles Review of Books*, 6 de noviembre de 2013. Una defensa de los estudios subalternos contra Chibber es la de Partha Chatterjee, «Subaltern Studies and Capital», *Economic and Political Weekly*, 14 de septiembre de 2013, y Gayatri Spivak (citado más adelante).



Chibber refuta estas afirmaciones con eficacia, con muchas pruebas y contraargumentos, ampliando alegaciones planteadas por otros antes que él<sup>9</sup>. Explica, razonablemente, que los subalternistas confunden universalidad con homogeneidad; que, en contra del retrato plano que ellos hacen de la lógica del capital, la propia historia de este, incluso en Europa, ha sido desigual, no lineal y compleja, igual que en la periferia planetaria. Es innegable, asimismo, que las necesidades materiales de la vida –comida, vivienda y cobijo– motivan a las clases subalternas de todas partes. La lucha por cubrir las es, de hecho, la condición *universal* del conflicto entre las elites y los pobres. La burguesía de Europa, por su parte, desplegó la misma timidez y traición que sus homólogos orientales y, como estos, hubo que empujarla desde abajo para posibilitar el establecimiento de instituciones democráticas básicas.

### *Una historia mal percibida*

Aquí, sin embargo, a pesar de la firme base del argumento, empezamos a ver que *Postcolonial Theory* carece de contacto con el universo ideológico que supuestamente pretende diagnosticar. Afirmar, como hace Chibber, que los estudios subalternos son «el representante más insigne» de la teoría poscolonial no es solo invertir el orden de influencia, sino también no entender que interiorizar las posiciones ya arraigadas de la poscolonialidad permitió a los subalternistas adquirir un alcance más general<sup>10</sup>. No se trata, por lo tanto, de que la teoría poscolonial «se hiciera influyente» –como él escribe– cuando se alió con los estudios subalternos, sino al contrario.

La recepción del libro ha sido, en esta medida, frustrante. Es como si, por un lado, encontrásemos destacado en negrita un renovado énfasis en la clase, la revolución y el capital; y, por otro, el «pensamiento subalterno»; pero en ninguno de ellos se presta atención a que el ajuste estructural, las medidas de austeridad del Banco Mundial o el «mundo libre» de Natopolis están mediados por agentes vivos, rechazando la afirmación de que las limitaciones impuestas por el capital son leyes naturales impenetrables a la lógica de los rebeldes. Entre Chibber y sus detractores, el pensamiento y la estructura se han mantenido a distancia segura

---

<sup>9</sup> Por ejemplo, Tom Brass y Sumit Sarkar, en Vinayak Chaturvedi (ed.), *Mapping Subaltern Studies and the Postcolonial*, Londres y Nueva York, 2000, pp. 127-162, pp. 300-323.

<sup>10</sup> V. Chibber, *Postcolonial Theory and the Specter of Capital*, cit., p. 5.

uno de otra. A un lado de la contienda, el materialismo aparece como una fortaleza contra los caprichos de lo contradictorio; al otro, lo contingente es el refugio de un principio sagrado, una barrera contra todas las determinaciones. Dado que la política de los estudios subalternos tomó forma en la elevación de regímenes significantes o discursivos, podríamos decir que el problema de lo *literario* reverbera en todos los debates en torno al libro de Chibber: en parte, como él diría, en forma de contaminación idealizadora y culturalista, pero también –en un movimiento que a él se le escapa– como tema de una de las corrientes más vitales del propio marxismo del siglo xx. En esta medida, lo literario sigue siendo el punto ciego de una polémica, por lo demás, admirable.

¿Qué haría falta para cuestionar plenamente las afirmaciones de la teoría poscolonial? Habría, como mínimo, que cuestionar la autoconcepción del campo como una ruptura copernicana; y exigiría someter su base teórica supuestamente antieurocéntrica a mayor examen, en una investigación histórica más intelectual que el estudio comparativo de Chibber entre la transición del capital y la revolución burguesa. Ambas líneas de cuestionamiento nos llevan, de una manera un tanto inesperada, a la época de entreguerras.

La teoría poscolonial, que se considera a sí misma un salto inaugural, efectúa una afirmación extrema: que todos los estudiosos occidentales anteriores a ella deberían considerarse nada menos que «un bochorno» –como lo expresa un grupo de comentaristas– marcado por la vergonzosa falta de atención a la emergencia del Tercer Mundo y a las formas de ser no occidentales<sup>11</sup>. Pero dicha acusación elude las sociologías insurgentes, las historias orales y los estudios negros y étnicos de la generación precedente; lleva a quien la sostiene a escribir, como los críticos poscoloniales han hecho a veces, como si no hubiese habido en el siglo xx estudios sobre el impacto de la expansión planetaria del capitalismo, ni teorías económicas sobre el sistema conocido –por primera vez– como imperialismo propiamente dicho; ni exploraciones críticas de la estética política del *boom* latinoamericano en la década de 1970; y ni siquiera teoría de la dependencia o de los sistemas mundo.

---

<sup>11</sup> Sussie O'Brien e Imre Szeman, «Introduction: The Globalization of Fiction/the Fiction of Globalization», *South Atlantic Quarterly*, vol. 100, núm. 3, 2001.

*El anticolonialismo en Europa*

Se ha dejado fuera de la conversación a precursores clave, a pesar de haber tomado a menudo discretamente prestadas sus ideas: Jean-Paul Sartre y *Les Temps Modernes*; la crítica a los medios de comunicación chilenos liderada por Armand Mattelart a comienzos de la década de 1970; los escritos de Oliver Cromwell Cox sobre raza y clase; de Basil Davidson, sobre la formación de Estados en África; de Leo Wiener, sobre el papel de África en el Nuevo Mundo precolombino; las agudas historias imperiales de James Morris, V. G. Kiernan y Eric Wolf; de C. L. R. James, sobre Lenin y la liberación negra. De un plumazo, estas ricas aportaciones –que realmente formaban parte de un sistema de escritura sustancial e integrador en los ambientes en general marxistas de la teoría crítica, la filología de izquierdas y los movimientos solidarios– fueron abruptamente eliminadas del presente.

La teoría poscolonial se presentó a sí misma de manera inverosímil, por consiguiente, como una especie de «año cero» del pensamiento anticolonial; la suposición imperante ha sido que el comienzo del siglo xx, antes de la descolonización de posguerra, fue «un periodo de entusiasmo imperialista prácticamente indiscutido»<sup>12</sup>. Pero esto es pasar por alto los años transcurridos entre las dos guerras mundiales, cuando la conciencia europea de las colonias cambió abruptamente. Una nueva cultura de anticolonialismo surgió y prosperó en las columnas sobre arte de los periódicos de izquierdas, en los cabarés de la clandestinidad política, y en los grupos culturales del Frente Popular. Las ondas sísmicas de la Revolución rusa en la periferia oriental de Europa se sintieron de manera espectacular e inmediata en Asia y Oriente Próximo. Surgieron organizaciones internacionales que traían emisarios de todas las colonias y los reunían con los intelectuales europeos formalmente en pie de igualdad para establecer un frente común, con un programa antiimperialista compartido<sup>13</sup>. Un fermento intelectual a esta escala era una rareza en la historia europea. El patrocinio de la retórica y la práctica anticoloniales creó un masivo repertorio de

<sup>12</sup> Edward Said, *Culture and Imperialism*, Nueva York, 1993, p. xix [ed. cast.: *Cultura e imperialismo*, Barcelona, 2012).

<sup>13</sup> M. N. Roy, en un tipo de crítica conocido, denunciaba con razón a la Tercera Internacional por su «comprensión defectuosa de la situación en otros países», y por «proyectar los problemas rusos» en otras realidades. (M. N. Roy, *The Communist International*, Bombay, 1943, pp. 42-43). Pero como otros, reconocía que la Internacional creaba unas redes, ideaba unas armas retóricas y prestaba una ayuda material que se convirtieron en modelos para la descolonización de posguerra.

imágenes, tropos y vocabularios que planeó sobre la mente de todos –de izquierda a derecha– durante todo el periodo.

La atención sensible a culturas y pensadores no occidentales en el trabajo, entre otros, de Ilya Ehrenburg, M. N. Roy, Larissa Reissner, Nancy Cunard y Sergei Tretiakov; la resistencia profundamente ética al imperio en Willi Münzenberg, Rosa Luxemburg, César Vallejo, George Padmore y Ho Chi Minh, todos activos en Europa durante estos años; y el examen de las huellas estéticas y epistemológicas del dominio colonial en Carl Einstein, Paul Nizan, Diego Rivera y Alejo Carpentier no fueron iniciados por el giro poscolonial a partir de la década de 1980, sino mucho antes, entre las guerras mundiales, por intelectuales blancos y negros, europeos y no europeos, en el amplio campo del movimiento comunista internacional. Chibber menciona de pasada a Karl Kautsky, León Trotski y otros que exploraron la dinámica de la economía agraria y el desarrollo desigual, pero el sentido de esta historia político-cultural más amplia se pierde, y su desconcertante relación con la teoría y el método queda sin diagnosticar.

### *El racismo en la filosofía*

En cuanto a la teoría poscolonial, necesitamos una mejor percepción de su propia prehistoria, sobre todo con respecto a los neorracismos del *demi-monde* filosófico de entreguerras del que deriva. En este sentido resulta crucial reconocer los modos en los que el pensamiento francés de posguerra entretejió los hilos de una filosofía alemana menos compatible con él. Las principales hebras de este tejido fueron, en primer lugar, la recepción clave en entreguerras de la anterior *Grosse Politik* de Nietzsche, la «gran política» de una nueva elite cosmopolita que llamaría a los resentidos proletarios a dirigirse a las colonias, donde podrían escapar de la esclavitud socialista y redescubrir su hombría poniendo en línea a los súbditos coloniales<sup>14</sup>; en segundo lugar, la *Kriegsideologie* de Martin Heidegger y otros que pretendían salvar a la civilización alemana con un nuevo imperio enriquecido por la profundidad metafísica alemana, luchando contra la superficial mentalidad de tendero de los dos colosos, Washington y Moscú; y, por último, los panegíricos fenomenológicos de Edmund Husserl a la mente europea contra la pobreza intelectual de sus

<sup>14</sup> *The Complete Works of Friedrich Nietzsche*, vol. 9, pp. 215-217; vol. 10, p. 78; vol. 12, p. 196; vol. 13, p. 224.

adláteres planetarios<sup>15</sup>. Liderando los entusiasmos de posguerra –y creando un paradigma para buena parte de lo que la teoría se convertiría mas tarde– se encontraban Georges Bataille, que en *La part maudite* (1949) subvirtió alegremente los ideales de la liberación anticolonial, y Alexandre Kojève, cuya profunda influencia en el pensamiento francés de posguerra es comúnmente reconocida<sup>16</sup>.

Europa, considerada por Kojève la «vanguardia de la humanidad», se enfrentaba al espectro de su propio fin, sostenía él, en la «realización chinosoviética del bonapartismo robespierrista» de posguerra. Despreciando el «acceso de Togolandia a la independencia» y «la autodeterminación de los papúes», Kojève consideraba dichos movimientos poco más que una apuesta comunista para eliminar «las secuelas numerosas y más o menos anacrónicas de su pasado prerrevolucionario»<sup>17</sup>. Si bien se trata de pronunciamientos idiosincrásicos, son, no obstante, señales que marcan la ruta recorrida por la teoría poscolonial –en su propia mente, de manera «subversiva»– desde el lado más oscuro de esta misma Europa a la que quería provincializar.

Los modelos teóricos más inmediatos de la teoría poscolonial fueron, por supuesto, Foucault y Derrida, aunque muy poco se ha discutido sobre las inquietantes implicaciones de las asociaciones de estos autores con tales ideas de entreguerras, lo cual está relacionado en parte con las formas en las que el eclecticismo teórico confunde el pasado, generando conocimientos, pero también bloqueando, o al menos enmarañando, otros. Por poner un ejemplo, si bien en general *Orientalismo* se considera foucaultiano, Said se distanció explícitamente de aquellos aspectos del pensamiento de Foucault que derivaban de fuentes heideggerianas. Aunque conocido por su estudio del «discurso» orientalista, Said entendía por ese término un concepto derivado en último término de una teoría marxista de la

---

<sup>15</sup> Edmund Husserl, *Phenomenology and the Crisis of Philosophy* [1935], Nueva York, 1965, pp. 149-192.

<sup>16</sup> Editado durante la primera oleada de descolonización de la posguerra, *La part maudite* (1949) de Bataille tomaba los lemas de los movimientos independentistas –libertad, representación política, desarrollo– para hacerlos explotar desde dentro. Aludiendo a la nueva «situación mundial» de descolonización –y a su propio temor a que dicha situación mundial se soviétizase–, su estudio tomó como término central la «soberanía», a la que se esforzó por desligar de sus asociaciones con los movimientos independentistas de tal forma que acabó haciendo referencia, por el contrario, a la crueldad de la libertad sexual.

<sup>17</sup> Alexandre Kojève, *Introduction to the Reading of Hegel*, Ithaca, 1969, pp. 160-161.

ideología<sup>18</sup>. Podría decirse que su argumento gira en torno a la ideología en un sentido más tradicional: en que su concepción del discurso, a diferencia de la de Foucault, no descarta la idea de agentes de poder culpables, de personas con agendas e intereses privilegiados, de grupos de creencias y políticas activas, o la *injusticia* básica de la cosmovisión orientalista. Era más que contradictorio que estas múltiples investigaciones del ser humano en cuanto agente, en cuanto sujeto histórico –la insistencia de la deconstrucción en lo escrito sobre lo oral y lo vernáculo, pongamos, considerados como ejemplos de una sospechosa «metafísica de la presencia»–, fuesen tan ampliamente atacadas y socavadas por las mismas fuerzas que buscaban, en apariencia, promover la emergencia de los pueblos periféricos<sup>19</sup>.

### *Tradiciones filológicas*

Estas colisiones a medias entendidas de las diversas tradiciones destacan más cuando empezamos a dar nombre a las teorías culturales y literarias del marxismo contra las que la derecha filosófica de entreguerras diseñó su contraataque. Nuestras actuales interpretaciones de la historia intelectual minimizan gravemente en qué medida podría considerarse que el marxismo pertenece a la «filología» en el sentido ampliado que Erich Auerbach dio al término en la traducción que en 1924 hizo de la *Scienza nuova* de Giambattista Vico al alemán. Allí la definió como «todo aquello que ahora denominamos las humanidades: toda la historia en sentido estricto, la sociología, la economía nacional, la historia de la religión, la lengua, el derecho y el arte»<sup>20</sup>. Tanto el marxismo como la filología se adhirieron a las formas históricas de conocimiento en un tiempo en el que estaban sometidas a un intenso ataque por parte del positivismo lógico de los seguidores de Saussure –los «neolalistas», como los denominó Gramsci– y del emergente formalismo de la lingüística de Praga. El marxismo de entreguerras encontró causa común con la filología en que a ambos les interesaban los vestigios sedimentarios del pasado, la

---

<sup>18</sup> Amplió este argumento en «Humanism, Philology, and Imperialism» (en *Wars of Position: The Cultural Politics of Left and Right*, Nueva York, 2006); y en «Edward Said as a Lukácsian Critic: Modernism and Empire», *College Literature*, vol. 40, núm. 4, otoño de 2013.

<sup>19</sup> Al argumento de Chibber le habría venido bien explorar las bases del esencialismo subalterno en los círculos más amplios de la «teoría» propiamente dicha. Véase el provocativo estudio de Ian Almond, *The New Orientalists: Postmodern Representations of Islam from Foucault to Baudrillard*, Londres y Nueva York, 2007.

<sup>20</sup> Erich Auerbach, «Einleitung», en Giambattista Vico, *Die neue Wissenschaft*, Múnich, 1924, p. 23.

creatividad de los elementos innombrados, no pregonados, subalternos, de la sociedad. Ambos se mostraban escépticos respecto al movimiento filosófico para evacuar al sujeto histórico e insertar, en su lugar, un sujeto de la escritura fetichizado, lo que Gramsci denominó sardónicamente «caligrafismo».

El propio Gramsci marcó explícitamente el vínculo: «La experiencia en la que se basa la filosofía de la praxis no puede esquematizarse; es historia en su infinita variedad y multiplicidad, cuyo estudio puede dar nacimiento a la filología como método de análisis para determinar los datos particulares y a la filosofía entendida como una metodología general de la historia»<sup>21</sup>. De una tradición bastante distinta, los círculos en torno a la Escuela de Frankfurt, Walter Benjamin establece esta conexión incluso más firmemente en el *Libro de los pasajes*, cuando expresa que su intención es, en parte, «demostrar con el ejemplo que solo el marxismo puede practicar la gran filología, en lo que a la literatura del pasado siglo se refiere»<sup>22</sup>. Incluso de pasada, estos ejemplos demuestran que una verdadera consideración de las aportaciones del marxismo al conocimiento reflexivo no puede eludir las dimensiones o las fuentes humanistas e interpretativas del mismo, y buena parte de lo que los estudios subalternos, con su concentración en lo particular, lo fragmentario y lo múltiple, pensaban estar corrigiendo del marxismo, se encuentra aquí en el marxismo filológico, expresado mucho antes y sin los prejuicios antihistoricistas de la teoría.

### *Los límites del hablar claro*

Estas son cuestiones que, pese a todos los méritos de su libro, Chibber no aborda, y ni siquiera imagina, a pesar de que nos dirigen a la cuestión central y silente situada en el corazón del conflicto de tradiciones en el que él mismo se introduce: ¿qué significa *leer*? El problema de la prueba y la verdad nos sitúa frente a frente con los temas sustantivos planteados por *Postcolonial Theory* acerca de los debates de transición en la India posterior a la independencia. Lectores que, por lo demás, lo apoyan empiezan a cuestionar el libro en el momento en el que el

---

<sup>21</sup> Antonio Gramsci, *Quaderni del carcere*, vol. 2, ed. Valentino Gerratana, Turín, 1975, Q11, f 25, p. 1429 [ed. cast.: *Cuadernos de la cárcel*, México DF, Ediciones Era, tomo 1, 1981; tomo 2, 1981; tomo 3, 1984; tomo 4, 1986; tomo 5, 1999; tomo 6, 2000].

<sup>22</sup> Walter Benjamin, *The Arcades Project*, ed. Rolf Tiedermann, Cambridge (MA), 1999, p. 476 [ed. cast.: *Libro de los pasajes*, Madrid, Akal, 2007].

autor anuncia que confrontará la «teoría» subalterna –su práctica historiográfica–, pero no la teoría tal y como los estudios poscoloniales han entendido siempre el término. Evitar este encuentro institucional en particular le impide reunirse con su audiencia allí donde esta se encuentra, y limita su capacidad para captar el arte discursivo y epistemológico de sus interlocutores.

Es razonable decir que la integridad con la que Chibber persigue su objeto interfiere a veces; es el lado positivo de un rasgo negativo, un racionalismo franco que trata con inocencia cada argumento, como si desenvolverlo pragmáticamente pudiera conducir a deshacerlo. Plantea, por ejemplo, un correctivo muy necesario a las tergiversaciones que los subalternistas hacen de Marx, pero pierde la oportunidad de fortalecer la precisión de sus argumentos sociológicos demostrando que Marx se basaba en las verdades contenidas en su propio estilo literario persuasivo. Cualquiera que haya leído con atención a Hegel sabrá que la verdad tiene una forma, y que la forma es un aspecto sustancial de sus argumentos y de los de Marx. El elemento literario presente en los estudios subalternos atiende a esta dimensión, si bien tendenciosamente, y por ello no es posible eludirlos sin más. La resistencia efectiva a sus atractivos exige, de hecho, abordarla de frente.

La forma en la que se expresa algo tiene mucho que ver, tanto para el marxismo como para la teoría poscolonial, con la verdad de ese algo en el sentido hegeliano de que la verdad es un intercambio activo, la «fabricación» de un concepto adecuado para su objeto. El estilo polémico de Marx no es solo una estrategia retórica, sino un tipo particular de inteligencia que permite observaciones imposibles de hacer si se consideran las materialidades solo de manera desapasionada y socialcientificista. El famoso uso de la imagen del «fetiche», por ejemplo, o la descripción de la mercancía como un «jeroglífico» son mucho más que residuos hegelianos en los escritos de Marx. A pesar de su repetida burla en contra de la abstracción hegeliana y a favor de lo sensiblemente material, dicho lenguaje figurativo permite la alegación filosófica de que lo conceptual es lo que saca a la luz la base material de la sociedad, en un proceso de síntesis intelectual que es obra de la escritura en sí. Como útilmente manifiesta Keston Sutherland: «El pensamiento de Marx en *El capital* es tanto filológico como satírico, al igual que los riesgos de estilo en su sátira son en sí obra del pensamiento y no un mero adorno de este»<sup>23</sup>.

---

<sup>23</sup> Keston Sutherland, «Marx in Jargon», *World Picture* 1, primavera de 2008.



*Dos estilos de argumentación*

Chibber desmantela las pretensiones de la historiografía subalterna con admirable precisión. Incluso cuando parece que ha ido demasiado lejos, exagerando su alegato –algunos lectores han considerado un ejemplo de este tipo la acusación de «orientalismo»–, una comparación con sus fuentes revela que se ha mostrado juicioso, a menudo frente a reacciones desmedidas desde algunos círculos. Por otra parte, los errores que sondea son pocos en número y de tipo similar, y por esta razón sus argumentos tienden a resistirse. Más aún, las categorías estructurales de su argumento –clase, revolución, liberalismo, trabajo– tienen un carácter definicional establecido y carente de una atención flexible a los cambios de rumbo y a las incongruencias que caracterizan enfoques más interpretativos. La enorme infinidad de apelaciones de los subalternistas a una otredad constante no puede ser desplazada mediante la invocación del capital y de la clase si los términos parecen universales muertos. El ordenamiento silogístico de su argumento se basa excesivamente en una lógica de refutación –mera negación– y no logra, en consecuencia, captar dialécticamente la dependencia de sus oponentes respecto al mismo marxismo del que se apropian, aunque sea solo para distorsionarlo.

Es probable que a los dedicados a la teoría poscolonial la intervención de Chibber les parezca algo que atañe a su propio ámbito, pero que no llega a dominarlo. Encontramos también algunos errores fundamentales. Él plantea que el «giro cultural», por ejemplo, hace referencia solo a la inoportuna influencia del posestructuralismo en disciplinas ajenas a la literatura, cuando la crítica hegeliana de izquierdas abrió desde muy pronto la puerta a una investigación particular de la cultura entendida como un espacio de formación, evaluación e interpretación políticas y económicas, en la obra, entre otros, de Engels, de Alexandra Kollontai, de Georg Simmel en su sociología poética y no marxista, o de Trotski sobre la vida cotidiana. Podría decirse, pensando en Raymond Williams, Henry Lefebvre y Georg Lukács, que las teorías materialistas de la cultura se encuentran entre las principales inspiraciones del marxismo del siglo xx.

Para ser justos, Chibber nunca afirma ser exhaustivo, y hay en todo su análisis una claridad ingeniosa y una calma *pedagógicamente* superior a la mayoría de los que le precedieron. Y sin embargo, para justificar por qué no se ocupa de la teoría cultural, declara que «lo que importa no es si [los historiadores subalternos] son fieles a una u otra tradición teórica, sino si

han presentado argumentos sensatos». El problema es que lo que es o no «sensato» o «cierto» o, de hecho, un «argumento» tiene mucho que ver con la «tradición teórica» de cada uno. La presentación que Nietzsche hace de la «genealogía» en *La genealogía de la moral*, por ejemplo, no es, como a veces se considera, una historia aleatoria, multicausal y subalterna, sino una teoría de la lectura. Nietzsche nos aconseja primero incluir lo «perverso» para estimular la concordancia con las seducciones de lo antinómico; a continuación, sustituir el sujeto con voluntad por una «voluntad de verdad» textual; y por último, evitar la refutación, nunca negar la verdad de los antagonistas de uno, puesto que la crítica solo sirve para dar poder a los rivales honrándolos con la atención. Este gusto por eludir a los oponentes situándose en un plano superior, en lugar de discutir con ellos, está poderosamente conectado con los golpes maestros metodológicos representados por una serie de figuras centrales de la teoría de posguerra –la «lectura sintomática» de Althusser, la productividad de la verdad de Deleuze y la confianza de Derrida en la plenitud semántica– y que apuntan a la ilusión de una interpretación definitiva. Cada una de estas estrategias recorre el corpus poscolonial. Juntas, expresan definitivamente sus puntos de vista y procedimientos.

Así, pues, demoler las pretensiones de la «desacertada terminología» de los subalternistas, en palabras de Chibber, es, al menos en parte, no entender lo esencial. Las formulaciones de Chatterjee y Chakrabarty le parecen escurridizas, vagas, oscuras y difíciles de entender. Pero esto es algo así como considerar abstracta la geometría o breves los obituarios. El estilo es intrínseco al proyecto. Los métodos de este tipo de teoría cultural –y a estas alturas podemos coincidir en que los estudios subalternos entran en su órbita– no se basan en la precisión, el contexto o la intención históricos, sino en la producción de resultados políticos por medio de una ocasión textual. La crítica sería a los oponentes, como la de Chibber, deja efectivamente oculto lo que Alain Badiou denomina con razón «el poder de lo falso»<sup>24</sup>. Y esto es lo que debe abordarse, entre otras cosas, en cualquier crítica plenamente eficaz a la teoría poscolonial.

### *Dos variedades de marxismo*

Quienes lo han reseñado consideran *Postcolonial Theory* un enfrentamiento entre el marxismo y la teoría poscolonial, aunque yo sugeriría que

---

<sup>24</sup> Alain Badiou, *Deleuze: the Clamor of Being*, Minneapolis, 2000, p. 55.

también ilustra un conflicto más interesante dentro del propio marxismo. Implícita en el intercambio está una división entre cultura y ciencia que ni Chibber ni sus revisores –críticos o de otro tipo– parecen reconocer: la bifurcación interna de las interpretaciones humanista y científico-social del marxismo halladas en los debates de finales del siglo XIX y comienzos del XX. Y que siguen acompañándonos en buena medida.

La confrontación fue más dura, quizá, en la resistencia de Georges Sorel y Paul Lafargue a lo que ambos consideraron el marxismo mecanicista de Rudolf Hilferding y Georgi Plejánov; Sorel incluyó explícitamente a Vico en su estudio de 1896 para reinyectar en la idea de transformación social la «poesía» de la imaginación sociológica de su predecesor<sup>25</sup>. Vestigios de esa confrontación son legibles también en la asunción por parte de Gramsci de la «Revolución rusa contra *El capital*» y su rechazo frecuentemente irritado en todos los *Cuadernos* al positivismo de Achille Loria y a lo que él denominaba el «lorianismo», junto con la defensa del elemento –cultural– «activo» en estratos sociales siempre enfrentados por su propio estatus político con resultados inciertos. Un emparejamiento más reciente de este tipo podemos encontrarlo en el reto de Edward Thompson a Louis Althusser<sup>26</sup>.

Dichos emparejamientos apuntan a una división más amplia respecto a la regeneración teórica del marxismo en el periodo de posguerra: por un lado, los conocidos modelos derivados de Spinoza por Althusser y Antonio Negri (Karl Korsch se quejaba de la creación por parte de Plejánov de un Marx spinozista ya en la década de 1930); en el otro bando, el filológico, la presencia menos conocida, pero anterior y posiblemente de mayor alcance, de Vico en la obra de Marx, Lukács, Horkheimer y otros, incluido, por supuesto, Said<sup>27</sup>. Los atractivos de Vico para Marx y

---

<sup>25</sup> Paul Lafargue, *Le déterminisme économique de Karl Marx: Recherches sur l'origine desde idées de justice, du bien, de l'âme et de Dieu*, París, 1911; Georges Sorel, *Études sur Vico et autres textes*, ed. Anne-Sophie Menasseyre, París, 2007.

<sup>26</sup> Edward Thompson, *The Poverty of Theory and Other Essays*, Nueva York, 1978 [ed. cast.: *Miseria de la teoría*, Barcelona, Crítica, 1981].

<sup>27</sup> Marx hace referencia a Vico al menos tres veces en sus escritos, aunque lo viquiano de su pensamiento –como observaron comentaristas posteriores– tiene más que ver con los sistemáticos paralelos con Vico debidos a sus fuentes comunes (Varro sobre el derecho romano, por ejemplo [Karl Marx, *Grundrisse*, Londres, 1973, p. 834]), y por medio de Hegel, cuyas influencias viquianas han sido bien marcadas. Véase *El capital*, vol. 1 (Londres, 1990, p. 493), y la carta a Ferdinand Lassalle (*Collected Works*, vol. 41, Moscú, 1985, p. 355), en la que Marx elogia a Vico y observa que se situaba en «la base de la filología comparativa». Más respecto a esta tradición en Timothy Brennan, *Borrowed Light: Vico, Hegel and the Colonies*, Stanford, 2014.

posteriores marxistas no son, a esta luz, difíciles de explicar. A comienzos del siglo XVIII, la defensa que Vico efectuó de los escritos históricos contra las afirmaciones científicas planteadas por la Ilustración de que carecían de sentido y eran arbitrarios –un prejuicio articulado de forma más abierta por Descartes– descansaba en la *Scienza nuova* en la lucha de clases y en la centralidad del trabajo para la civilización. Vico, el materialista, fue el primero en escribir historia combinando las condiciones materiales objetivas de esta con sus texturas cualitativas y sentidas. Vico, el primer sociólogo, es también el primero en sostener que ideas, innovaciones lingüísticas y formas de arte específicas se corresponden con las condiciones de organización social de un periodo, una opinión que muchos han considerado la génesis del materialismo histórico de Marx<sup>28</sup>. Las configuraciones viquianas del marxismo han recibido muy poca atención y, sin embargo, son fundamentalmente pertinentes para el debate generado por *l'affaire Chibber*, en buena medida porque en ellas las antinomias aparentes de ese debate –exacerbadas en parte por el hecho de que Chibber enmarque su argumento como un rechazo al «culturalismo»– están en principio superadas<sup>29</sup>.

### *El marxismo en la teoría poscolonial*

Dadas estas consideraciones, podemos apreciar el, por lo demás, asombroso hecho de que *Postcolonial Theory* haya recibido tanta atención en un medio en el que tantos críticos de la teoría poscolonial pasaron antes que él desapercibidos. Llamativamente respaldado por importantes figuras de la izquierda como un gran avance, el libro fue escrito, de hecho, siguiendo a críticos marxistas situados dentro de la teoría poscolonial que llevaban más de dos décadas atacando al «pseudorradical establishment» poscolonial (palabras de Slavoj Žižek). El «espectro del capital» persigue a la teoría poscolonial desde hace bastante tiempo.

---

<sup>28</sup> Por ejemplo, Max Harold Fisch y Thomas Goddard Bergin en su brillante introducción a *The Autobiography of Giambattista Vico* (Ithaca y Londres, 1944), donde señalan que la atribución se retrotrae a Georges Sorel, *Études sur Vico*; un ejemplo más contemporáneo, uno de muchos, puede encontrarse en Lawrence H. Simon, «Vico and Marx: Perspectives on Historical Development», *Journal of the History of Ideas*, vol. 42, núm. 2, 1981.

<sup>29</sup> Los linajes viquianos del marxismo han sido analizados con entusiasmo, al menos, fuera del ámbito académico anglo-estadounidense. Véanse, por ejemplo, David Roldán, «La recepción filosófica de Vico y sus aporías filológicas. El caso del marxismo occidental», *Pensamiento*, vol. 68, núm. 253, 2012; Alberto Mario Damiani, *La dimensión política de la Scienza Nuova y otros estudios sobre Giambattista Vico*, Buenos Aires, 1998.

Durante toda la década de 1990 y a comienzos de la de 2000, los marxistas críticos con la tendencia poscolonial atacaron la problemática idea de «Occidente», desautorizando su influencia sobre un campo basado en las oposiciones entre civilizaciones, y proyectando una vital contratendencia marxista dentro del campo, una fuerza situada ahora en una constelación visible que el *establishment* poscolonial no podía pasar por alto<sup>30</sup>. La primera andanada de Benita Parry en *Oxford Literary Review* (1987) contra la «exorbitación» del discurso colonial implantó un nuevo tono, rescatando a Fanon de sus más recientes intérpretes coloniales, como Bhabha; Fernando Coronil, ya en 1992, exigía nada menos que la descolonización de la teoría poscolonial; y la obra de Neil Lazarus destilaba la crítica marxista a la teoría poscolonial en una serie de influyentes ensayos, llevando finalmente diversos pensadores e ideas heterodoxos a la centralidad institucional con su *Cambridge Companion to Postcolonial Literary Studies* (2004). El alcance de la obra, buena parte de ella publicada y debatida destacadamente, no se limitaba ni mucho menos al «frente literario y cultural», al que Chibber se refiere un tanto despectivamente en una de sus primeras notas a pie de página, a pesar de que nadie antes que él había examinado de manera tan sistemática los elementos componentes de la revolución burguesa de modo comparativo<sup>31</sup>.

Este descuido de los precursores se extiende también a los antagonistas de Chibber. Merece la pena señalar que los estudios subalternos abarcan más que tres estudiosos (o tres libros). Dejando a un lado el foco narratológico de los estudios subalternos, su despliegue de un *récit de crime* foucaultiano, sus conmovedores dramas sobre los *adivasis* y las viudas aldeanas que hablan «en susurros y entre sollozos», Chibber descuida

---

<sup>30</sup> Respectivamente, Benita Parry, *Postcolonial Studies: A Materialist Critique*, Londres y Nueva York, 2004, p. 36, y Fernando Coronil, «Can Postcoloniality Be Decolonized? Imperial Banality and Postcolonial Power», *Public Culture*, otoño de 1992, vol. 5, núm. 1.

<sup>31</sup> V. Chibber, *Postcolonial Theory and the Specter of Capital*, cit., p. 4. La obra de Vasant Kaiwar es muy interesante en este contexto. A partir de 2004, anticipó muchas de las posteriores líneas de ataque de Chibber, demostrando peculiares puntos fuertes de los que carecen los esfuerzos de este: por ejemplo, una mayor referencia a estudiosos anteriores, mostrando una percepción de las texturas y los sabores de todo, desde el *adda* bengalí a la mezcla integral de sociología y literatura que anima los mejores trabajos poscoloniales. También él atribuye a Guha un «entusiasmo orientalista», lo critica por marginar la cuestión musulmana y por expresar opiniones que a veces se acercan incómodamente a las «fantasías organicistas de la derecha hindú contemporánea acerca de la “tradicición”» (Vasant Kaiwar, *The Postcolonial Orient: The Politics of Difference and the Project of Provincializing Europe*, Leiden, de próxima publicación).

de algún modo las mejores obras de esta corriente: Gyanendra Pandey, sobre la construcción del comunalismo; David Arnold, sobre el cuerpo, la enfermedad y la medicina en India; Bernard Cohn, sobre el lenguaje y el orden colonial; y Shahid Amin, sobre los silencios en los textos de la elite<sup>32</sup>. Buena parte de esta obra es empática, valiente e inteligente, un mundo aparte de los casos extremos de Chatterjee y Chakrabarty (quizá en especial este último), en los que las caricaturas no solo del marxismo, sino también de la historia y de lo humano ya no son incidentales, sino programáticas. Incluso aunque Chibber elogia la obra de Guha, no ayuda a captar la pasión de la escritura: que se extiende desde su influyente interpretación de los *Grundrisse*, y su interesante análisis sobre el dominio colonial, hasta sus enérgicos apartes sobre algunos de los momentos más indignantes de la historiografía colonialista, una bibliografía que Guha describe como «todavía enrojecida con el brillo de los “logros” imperiales, un lenguaje que permite que los insultos racistas pasen en el uso cotidiano por bromas inocuas»<sup>33</sup>.

Chakrabarty no comparte tanto el foco de Chibber –el trabajo y el Estado– como el arte de la conversación, las «texturas» del lenguaje y la intraducibilidad. Cita a Derrida, proclama a Heidegger su «icono» y se demora en los momentos cabalísticos y los presagios escatológicos de Benjamin. Contraponiendo la memoria a la historia para establecer un contraste entre lo subalterno y lo intelectual, reproduce la familiar mascarada heideggeriana del filósofo que se presenta como un guerrero solitario en lucha contra el caos especulativo de la metafísica europea. Aun siendo un intelectual –y no un subalterno–, puede de este modo asumir el disfraz de un observador aldeano, cartografiando su senda a través de los bosques del pensamiento, nómico, intuitivo, revelador. El sublime campesino reaccionario de Heidegger es de este modo reproducido en este avatar posmoderno.

Pero el tono de este *contretemps* no logra entrar en la imagen, porque Chibber solo manifiesta interés por «la obra empírica». En el argumento de Chakrabarty, se queja, «las razones tienen que basarse en creencias, deseos, valores y demás, todos los cuales están culturalmente contruidos», al igual que Chatterjee asume «la profunda significación de la

---

<sup>32</sup> Véase Priya Gopal, «Reading subaltern History», *The Cambridge Companion to Postcolonial Literary Studies*, pp. 139-161, un artículo que yo sigo aquí. La cita es de Guha, «Chandra's Death», en Ranajit Guha (ed.), *Subaltern Studies* v, Delhi, 1987, p. 141.

<sup>33</sup> Ranajit Guha, *Dominance Without Hegemony*, Cambridge (MA), 1997, pp. 14-16.

cultura y la conciencia». Pero esto es asumir que la insistencia en la «cultura» condujo de manera inexorable a todos los errores y las elisiones cometidos por ellos: al tratamiento vago dado al capital o las suposiciones sesgadas acerca de la conciencia subalterna. Incluso cuando hace referencia a obras tan críticas hacia los estudios subalternos como la suya propia, prevalece la misma jerarquía manifiesta de intereses.

### *Legados*

Podríamos inclinarnos a pasar por alto la hostilidad de Chibber a considerar la cultura como un objeto, si no fuese porque realmente dicha hostilidad le desvía de su objetivo: por ejemplo, uno de los principales tropos de Chakrabarty, la afirmación del presente «contra sí mismo» en las formaciones coloniales. Esta idea, debemos recordar, está tomada de Ernst Bloch, cuyas investigaciones altamente originales, en las décadas de 1920 y 1930, acerca del ámbito cultural de la religiosidad –siendo un leninista convencido– son totalmente elididas en la predecible acusación manifestada por Chakrabarty de que los marxistas no tienen nada productivo que decir acerca de la religión. Asume así lo que en Bloch era de hecho un lamento: «La pluralidad inherente al “ahora”, la falta de totalidad, la constante fragmentariedad, que constituye el presente de cada uno»<sup>34</sup>. Es decir, si los entrelazamientos de la cultura y el ser objetivo constituían una parte fundamental del modo de pensar de Bloch, estos no se encuentran ni en Chakrabarty ni en Chibber. Una incursión más flexible en el proyecto subalterno, y contra él, habría tratado de estos precursores marxistas de entreguerras, a menudo imitados –y de algún modo también denigrados–, que se centraron en la mismísima disonancia intelectual entre la ciudad y el campo, el centro y la periferia sobre la que tanto reflexionan los estudios subalternos contemporáneos. Bloch quería arrancar a la gente de las garras de «una contemplación ascética del irresuelto mito del viejo y oscuro ser o de la naturaleza», una declaración que no podía ser más pertinente con respecto a la fe identitaria de los estudios subalternos en la otredad rígida del sujeto colectivo indio.

La ventaja de haber reclamado para sí la exclusiva autoridad de evocar y de ser el subalterno es que uno puede hacer referencia, sin cohibición, a

---

<sup>34</sup> Dipesh Chakrabarty, *Provincializing Europe*, Princeton, 2000, p. 243. La apropiación deriva de Homi Bhabha, como Keya Ganguly señala en «Temporality and Postcolonial Critique», *The Cambridge Companion to Postcolonial Literary Studies*, cit., p. 174. Las citas de Bloch pertenecen a este artículo.

una «historiografía occidental» que supuestamente narra la historia como un progreso de la conciencia, y hacerlo mostrándose al mismo tiempo modesto acerca del grado en el que uno habla en y a través de este llamado Occidente. Si Chakrabarty refleja lo que el historiador Vasant Kaiwar denomina, con razón, una curiosidad histórica «notablemente angosta» —«con ricas descripciones de un bando (Calcuta) y esbozos esquemáticos y muy austeros del otro (Europa)»—, dicho reduccionismo es también evidente en la reciente reseña del libro de Chibber efectuada por Spivak<sup>35</sup>. En ella ataca a la editorial, Verso, por su «pequeño marxismo británico», como si no hubiese sido Verso la que, más que cualquier otra, presentó a los lectores metropolitanos (orientales y occidentales) obras de intelectuales y activistas desde Brasil y China hasta Italia e India, creando desde todos los puntos de vista la esfera pública internacional de izquierda más amplia desde la Segunda Guerra Mundial.

Claramente, como indican tales reacciones, las diferencias políticas que se arremolinan en torno al debate sobre quién tiene derecho a hablar y en qué lenguaje disciplinar o teórico son muy reales, irreconciliables incluso; por esa razón importa mucho cómo expresa cada uno las diferencias: tanto para dar en el blanco como para demostrar la validez de la propia posición. Yo apostarí por dar más autoridad a los legados vitales de un *generalismo* intelectual humanista que, durante tanto tiempo, ha animado el pensamiento hegeliano de izquierda en forma de marxismo propiamente filológico e interpretativo.

---

<sup>35</sup> V. Kaiwar, *The Postcolonial Orient: The Politics of Difference and the Project of Provincializing Europe*, cit.; Gayatri Chakravorty Spivak, «Review of *Postcolonial Theory and the Specter of Capital*», *Cambridge Review of International Affairs*, vol. 27, núm. 1, 2014.